

Lugares de Roma

Las primeras iglesias domésticas y El baptisterio de San Juan de Letrán



Durante los primeros siglos, a causa de las persecuciones, la celebración de la Eucaristía y la catequesis tenían lugar en casas privadas que algunas familias cristianas -habitualmente las que contaban con mayores medios económicos y por tanto con moradas más amplias- ponían a disposición de la Iglesia. Eran las primitivas iglesias domésticas, que en Roma también son llamadas *títulos*.

El *titulus* era una tablilla de madera que se colgaba en la entrada de las villas romanas, en la que estaba escrito el apellido del propietario; la vivienda también era denominada con el nombre de la *gens*, o linaje familiar.

Con el paso del tiempo, muchas *domus ecclesiae* acabaron siendo donadas a la Iglesia y, cuando hubo libertad, se edificaron templos cristianos sobre esos lugares venerables, cuya historia se remontaba a la época apostólica en algunos casos y a famosos mártires romanos en otros. A partir del siglo IV, cada una de estas primitivas iglesias domésticas fue dedicada a un santo; en bastantes ocasiones al antiguo propietario del inmueble, que había entregado no sólo su casa sino la misma vida por la fe.

Los *títulos* que aparecen mencionados en algunos documentos antiguos trazan una especie de mapa en el que puede observarse cómo estaban distribuidos los cristianos por la Urbe hacia el siglo III. Los más antiguos son el *titulus Clementis* (hoy iglesia de San Clemente), *Anastasiae* (Santa Anastasia), *Vizantis* (Santos Juan y Pablo, en el Celio), *Equitii* (Santos Silvestre y Martín *ai Monti*, en el Esquilino), *Chrysogoni* (San Crisógono, en el Trastevere), *Sabinae* (Santa Sabina, en el Aventino); *Gaii* (Santa Susana); *Crescentianae* (San Sixto) y *Pudentis* (Santa Pudenciana). Estos nueve títulos se remontan a los orígenes del cristianismo en Roma, y hay otros tres que datan de finales del siglo III: el *titulus Callisti* (hoy Santa María in Trastevere), *Ceciliae* (Santa Cecilia) y *Marcelli* (San Marcelo al Corso).

LUGARES DE ROMA



Planta de Roma en el siglo cuarto, con la ubicación de los tituli más antiguos.

- | | |
|--|---|
| 1. T. Lucinae (San Lorenzo <i>in Lucina</i>) | 11. T. Vizantis (Santos Juan y Pablo) |
| 2. T. Marcelli (San Marcelo <i>al Corso</i>) | 12. T. Crescentianae (San Sixto) |
| 3. T. Gaii (Santa Susana) | 13. T. Fasciolae (Santos Nereo y Aquileo) |
| 4. T. Ciriaci (San Ciriaco <i>in Termis</i>) | 14. T. Tigridae (Santa Balbina) |
| 5. T. Pudentis (Santa Pudenciana) | 15. T. Anastasiae (Santa Anastasia) |
| 6. T. Praxedis (Santa Práxedes) | 16. T. Priscae (Santa Prisca) |
| 7. T. Equitii (Santos Silvestre y Martín <i>ai Monti</i>) | 17. T. Sabinae (Santa Sabina) |
| 8. T. Nicomedis (Santos Marcelino y Pedro) | 18. T. Ceciliae (Santa Cecilia) |
| 9. T. Clementis (San Clemente) | 19. T. Chrysogoni (San Crisógono) |
| 10. T. Aemilianae (Cuatro Santos Coronados) | 20. T. Callisti (Santa María <i>in Trastevere</i>) |

Se calcula que antes del Edicto de Milán (año 313) existían más de veinte *titulos* o iglesias domésticas en la Ciudad Eterna. Por entonces ya se había convertido al cristianismo aproximadamente un tercio de la población, pero esto no se reflejaba en la fisonomía urbana, debido a que la Iglesia carecía de personalidad



jurídica. El emperador Constantino, además de autorizar públicamente el culto cristiano, promovió la construcción de las primeras basílicas cristianas, en Roma y en Jerusalén.

Un pueblo de noble estirpe

En la Ciudad Eterna, el primer templo cristiano que se edificó fue la basílica Lateranense, en los terrenos hasta entonces ocupados por un cuartel de la guardia privada del emperador. Durante bastantes siglos -hasta el periodo de Aviñón- allí estuvo la cátedra papal, por lo que esta basílica merecía el título de *cunctarum mater et caput ecclesiarum*, que aún puede leerse en una inscripción junto a la entrada.



Al principio, recibió el nombre de Basílica del Salvador, pero en época medieval se dedicó también a San Juan Bautista y San Juan Evangelista. El Papa Silvestre la consagró en el año 318, aunque pasaron todavía algunos decenios hasta que se terminó por completo. Desde entonces, ha sido reconstruida varias veces a causa de saqueos, terremotos e incendios. La fábrica actual data de mediados del siglo XVII y se debe a Borromini, aunque la fachada y el ábside se transformaron posteriormente.

Un poco separado de la Basílica, en la esquina derecha de la gran plaza de San Giovanni, destaca un edificio de planta octogonal y aspecto antiguo, escuetamente adornado pero armonioso de líneas. Es el baptisterio. Data del siglo V, y se levantó durante el pontificado de Sixto III, sobre uno primitivo que había mandado construir Constantino.

En las paredes, cinco frescos reproducen episodios de la vida de Constantino, entre los que podemos destacar el de la aparición de la Santa Cruz con la promesa: *in hoc signo vinces* (con este signo vencerás), sucedida -según la tradición- mientras el emperador acampaba con su ejército en la zona de Saxa Rubra, la víspera de la batalla de Ponte Milvio en la que Constantino derrotó a Majencio.

La piscina circular donde antiguamente los cristianos eran bautizados por inmersión se encuentra en el centro, rodeada de ocho hermosas columnas de pórfido con capiteles jónicos y corintios.

Esas columnas sostienen un arquivado, que tiene escritos unos versos en latín, atribuidos al Papa San Sixto III (432-440), en los que se resume de manera admirable la doctrina cristiana sobre el Bautismo. Suenan tan magníficamente, que vale la pena leerlos en su lengua original. Debajo añadimos una traducción al castellano:

GENS SACRANDA POLIS HIC SEMINE NASCITVR ALMO
 QVAM FECVNDATIS SPIRITVS EDIT AQVIS
 VIRGINEO FETV GENITRIX ECCLESIA NATOS
 QVOS SPIRANTE DEO CONCIPIT AMNE PARIT
 COELORVM REGNVM SPERATE HOC FONTE RENATI
 NON RECIPIT FELIX VITA SEMEL GENITOS



Interior del Baptisterio de San Juan de Letrán.



FONS HIC EST VITAE QVI TOTVM DILVIT ORBEM
 SVMENS DE CHRISTI VVLNERE PRINCIPIVM
 MERGERE PECCATOR SACRO PVRGANTE FLVENTO
 QVEM VETEREM ACCIPIET PROFERET VNDA NOVVM
 INSONS ESSE VOLENS ISTO MVNDARE LAVACRO
 SEV PATRIO PREMERIS CRIMINE SEV PROPRIO
 NVLLA RENASCENTVM EST DISTANTIA QVOS FACIT VNVM
 VNVS FONVS VNVS SPIRITVS VNA FIDES
 NEC NVMERVS QVEMQVAM SCELERVM NEC FORMA
 SVORVM
 TERREAT HOC NATVS FLVMINE SANCTVS ERIT

Aquí nace un pueblo de noble estirpe destinado al Cielo,
 que el Espíritu genera en las aguas fecundadas.
 La Madre Iglesia da a luz en el agua, con un parto virginal,
 a los que ha concebido por obra del Espíritu divino.
 Esperad el reino de los cielos, los renacidos en esta fuente:
 la vida beata no acoge a los nacidos una sola vez.
 Aquí está la fuente de la vida, que lava toda la tierra,
 que tiene su principio en las llagas de Cristo.
 Sumérgete, pecador, en esta sagrada corriente purificadora,
 cuyas ondas, a quien reciben envejecido, devolverán renovado.
 Si quieres ser inocente, lávate en estas aguas,
 tanto si te oprime el pecado heredado como el propio.
 Nada separa ya a los que han renacido, hechos uno
 por una sola fuente bautismal, un solo Espíritu, una sola fe.
 A ninguno aterrorice el número o la gravedad de sus pecados:
 el que ha nacido de esta agua viva será santo.

Apóstoles de apóstoles

Por el Bautismo todos los cristianos están llamados a la santidad y al apostolado. La inscripción del baptisterio laterano muestra que esa conciencia estaba muy viva en los orígenes del cristianismo. Por ello, San Josemaría al explicar el espíritu del Opus Dei lo comparaba con **la vida de los primeros cristianos. Ellos vivían a**



fondo su vocación cristiana; buscaban seriamente la perfección a la que estaban llamados por el hecho, sencillo y sublime, del Bautismo¹.

En los primeros siglos, los neófitos eran bautizados con una triple inmersión -en honor de la Santísima Trinidad- en la piscina del baptisterio, y llevaban durante toda la semana siguiente una túnica blanca, como manifestación de que, una vez purificada su alma con las aguas de la regeneración, no querían volverla a manchar con el pecado. Si tenían la desgracia de caer, acudían llenos de dolor al Sacramento de la Penitencia. ¡Pero qué grandes eran sus deseos de santidad, qué lejos estaba la suya de ser una lucha negativa...! Estaban felices de haber encontrado la

1. San Josemaría, *Conversaciones con Monseñor Escrivá de Balaguer*, n. 24.

*Interior de la piscina para el bautismo por inmersión.
 En el centro, la pila bautismal, de basalto verde y cubierta de bronce.*





La cúpula del Baptisterio.

Verdad y el Bien -el Amor de Dios- y deseaban también, como es natural, ir hacia Dios acompañados de muchos otros: parientes, amigos, vecinos, compañeros de oficio... Anunciaron el Evangelio con gozo y el Señor les concedió mucho fruto; pero sabemos que en ocasiones difundir el mensaje de salvación significó para ellos jugarse la vida o sufrir graves contradicciones. Sin embargo, los primeros cristianos no se detuvieron ante los obstáculos: en su conducta resonaron muchas veces las palabras que pro-



nunciaron Pedro y Juan cuando pretendían acallarles: *nosotros no podemos dejar de hablar lo que hemos visto y oído*².

Hoy como ayer, atañe a los bautizados la tarea de trabajar para que la salvación llegue a todas partes y a todos los hombres³. Por eso, los cristianos no sólo procuramos hacer apostolado personal, sino que además hemos de impulsar a nuestros amigos para que también ellos sean apóstoles y se comprometan en la maravillosa tarea de acercar almas a Cristo.

Cada uno de vosotros ha de procurar ser un apóstol de apóstoles⁴, escribió san Josemaría en *Camino*. Dios cuenta con cada uno de los cristianos para que *todos los hombres se salven y lleguen al conocimiento de la verdad*⁵. Por eso, es urgente que todos los bautizados tomen conciencia de su vocación a la santidad y al apostolado. Así acercarán a muchas personas a la felicidad y serán ellos mismos muy felices, porque llenarán de sentido cristiano y de esperanza cualquier realidad humana: ***por el Bautismo, somos portadores de la palabra de Cristo, que serena, que enciende y aquieta las conciencias heridas. Y para que el Señor actúe en nosotros y por nosotros, hemos de decirle que estamos dispuestos a luchar cada jornada, aunque nos veamos flojos e inútiles, aunque percibamos el peso inmenso de las miserias personales y de la pobre personal debilidad. Hemos de repetirle que confiamos en Él, en su asistencia: si es preciso, como Abraham, contra toda esperanza (Rm 4, 18). Así, trabajaremos con renovado empeño, y enseñaremos a la gente a reaccionar con serenidad, libres de odios, de celos, de ignorancias, de incomprendiones, de pesimismo, porque Dios todo lo puede***⁶.

2. Hch 4, 20.

3. Cfr. Concilio Vaticano II, Decreto *Apostolicam actuositatem*, n. 3.

4. San Josemaría, *Camino*, n. 920.

5. 1 Tm 2, 4.

6. San Josemaría, *Amigos de Dios*, n. 210.